

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2000

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 18
2000

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica del Norte, Católica de Valparaíso, Central de Chile, de Concepción, de Chile, de Los Andes, del Mar, Diego Portales, Finis Terrae, de la República y de Valparaíso.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval", se llevó a cabo la impresión de esta obra.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. B. N. - 0170 - 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2000

DERECHO Y CAMBIOS CULTURALES

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA

JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1999 - 2001)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés,
Jorge Correa Sutil, Jesús Escandón Alomar, Pedro
Gandolfo Gandolfo, Fernando Quintana Bravo, Nelson
Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo Valle
Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene
su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspon-
dencia puede ser dirigida a la casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

Este número del Anuario de *Filosofía Jurídica y Social* corres-
ponde a 2000 y aparece a inicios del segundo semestre de 2001, año este
último en que la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social cum-
ple 20 años de existencia.

En efecto, nuestra Sociedad fue fundada el año 1981, en
Valparaíso, y celebrará su vigésimo aniversario en el mes de diciembre
de 2001, ocasión en la que contaremos con la presencia de Eugenio
Bulygin, Presidente de la Asociación Internacional de Filosofía del
Derecho y Filosofía Social, de la cual nuestra corporación es una de sus
secciones nacionales a lo largo del mundo.

Por lo dicho previamente, el número próximo del *Anuario de Fi-
losofía Jurídica y Social*, correspondiente a 2001, el cual esperamos en-
tregar en el primer semestre de 2002, será el número de aniversario de
la sociedad, esto es, aquel que dará cuenta de nuestros 20 años de exis-
tencia.

En cuanto al presente número del Anuario, en él, luego de la
habitual sección *Estudios*, se incluye una sección *Ponencias*. En esta sec-
ción se reproducen las ponencias que fueron presentadas en la IV Jor-
nada Chilena de Filosofía del Derecho, que fue organizada por nuestra
Sociedad y por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. La
mencionada jornada fue convocada con el título "*El derecho en la pers-
pectiva de los cambios culturales*".

Se incluye también una sección *In memoriam*, dedicada al filósofo español del derecho, Albert Calsamiglia, muerto en 2000, quien tuvo estrechos lazos con nuestro país.

Cierra el presente volumen la sección *Recensiones*, en la que se comentan algunas obras de interés en el campo de la teoría y filosofía del derecho.

Este y los números anteriores del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* pueden ser solicitados a la Casilla 211-V, Valparaíso.

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

E S T U D I O S

se convence que no existe certidumbre de identidad en cuyo nombre luchar y matar, porque tiene un múltiple enraizamiento en constante mutación. En consecuencia tenemos que precavernos de las identidades totalitarias hegemónicas, aquellas premunidas del mesianismo de un pueblo, que ven en la mismidad el perdón de su lucha.

Ser-sí-mismo es una conjunción de elementos conceptuales, espirituales y materiales que dan como resultado una identidad cultural que no debe regirse por la imposición exterior, por un totalitarismo ideológico que trata de romper el ser donde éste quiere llegar.

La identidad que no hace mal es ser señor de sí mismo, no aceptar la esclavitud de ningún tipo, dejar de lado la lucha para realizar con respeto al Otro, la propia mismidad, dejar de lado los sueños de estirpe, de razas puras, con misiones que excluyen a los demás. Todas las identidades tienen el mismo valor, el mismo peso específico. Todos tenemos derecho a la historia, a "reafirmar nuestros valores históricos".

Hay muchos ejemplos dramáticos a lo largo de la historia, en que una cultura quiso borrar a la otra. Al llegar al siglo XX se entraba con la gran modernidad pensando en un progreso humano que demostró no ser tal. Hemos sido testigos de los esfuerzos de exterminar toda traza de identidad para implantar la propia, intolerancia que ha llegado a los más diversos ámbitos de lo político, religioso, ético.

Lo que se ha pretendido en este análisis es unir el derecho humano a la cultura de un pueblo, con el derecho humano a su identidad, el derecho a su fundamento, a su origen, a su raíz. Es el derecho a que se respete la diferencia, al "otro" que no es "nosotros", a que se respete la vida, ya que la identidad no se puede borrar de la piel. Estas transgresiones conducen a una alienación, es el separarse de sí mismo y cuando se hacen las matanzas humanas, se hace un "genocidio de la identidad" que significa un exterminio del ser; es una limpieza ontológica eliminando los valores del otro y su vida, en definitiva se aboga por el derecho humano a la no alienación, a una vida sana, a evitar las patologías, al derecho humano del fundamento, de la historia, de la sangre, para lo cual se han dado pasos consistentes y poder decir "nunca más" en una verdadera modernidad humana, en esta aventura de pensarnos y legislarnos.

EL QUIJOTE, HABITUALIDAD Y TIEMPO

MARIO ROSSEL CONTRERAS

"La vida sin la música sería un error". Nietzsche

El tiempo que nos preocupa surge primigeniamente, como una celeste niebla, en un incierto lugar de la Mancha, envolviendo y penetrando la nueva existencia de un hidalgo cincuentón que hasta ese entonces estaba silenciosa e imperceptiblemente capturado por las invisibles ataduras de la habitualidad. Antes, el no tiempo, la música monocorde y grisácea de lo habitual que se despliega por la existencia anonada de un hombre casi sin nombre —Quesada, Quijana, Quijada— porque en los horizontes planos de lo habitual el nombre y lo que él proyecta, no importa, no posee sentido o el magro sentido que pudiera desplegar es absorbido. El nombre como presencia de lo distinto ya se torna sospechoso en el mundo de lo habitual y percibiremos ese peligro cuando el mundo del Quijote y el tiempo que lo envuelve comience a poblarse de cosas y seres que surgen y se muestran con nombres "altos, sonoros, significativos y peregrinos".

En el ritmo regular del no tiempo de Quijada, Quijana o Quesada el orden de las cosas es simple, previsto, circular y lo diverso conforma una cacofonía extraña e inaceptable, que lo habitual se apresurará a envolverlo, a opacarlo y a hacerlo suyo. La existencia del hidalgo en el no tiempo se desenvuelve en la administración de su patrimonio y en la caza, pero sus tiempos de ocio son los más; se viste siempre del mismo

modo y entre semanas un velloí da un leve resplandor a su presencia anonadada. Su yantar las endilga por la misma simplicidad previsible y opaca viniendo de cuando en cuando, los domingos, un palomino a distraer con controlada prudencia el paladar del hidalgo.

En la existencia en el no tiempo ya podemos percibir que la música monocorde y grisácea —no música— que conforma su horizonte de manera regulada y prudente permite algunas controladas modulaciones que provocan una sombra o quizás un remedo de lo diverso, un salirse de lo habitual, pero siempre retenido en lo habitual y ello trae consigo una mengua aparente de su anonadamiento. La existencia de Quijana, Quijada o Quesada tiene por “logos” “un siempre lo mismo”, que es el componente despiadado, silencioso e imperceptible de la habitualidad, pero ello no implica una erradicación de la diversión, de el trascender a lo diverso, pero sí lo diverso en el no tiempo —la caza, el velloí, el palomino—, está atado, controlado, regulado por lo habitual, envuelto en una discreta medianía.

En consecuencia, se cierra toda posibilidad al surgimiento del imperio de lo diverso desatado de lo habitual, por ello su dinámica es débil y discreta.

Y Quijana, Quijada o Quesada, hidalgo de lo habitual, carece de historia, está ahí, como por una eternidad suspendido en un incierto y anonado lugar de la Mancha, lugar sin nombre, en espera de su conclusión, que también será callada y sin estruendos, como su vida.

Desde lo habitual, parece por tanto, que no hay posibilidad alguna de trascender sus ámbitos, aún más, surge la percepción de que lo real, lo único real es lo habitual y que más allá no hay nada o sólo “terra incognita” que conduce al abismo, a la locura —toda des-habitualización proyectará así los horrendos infiernos de la locura, más tremendos que los de la misma muerte—. Y el loco dentro de ciertos límites tendrá licencias, porque no es de la habitualidad, es decir, porque no es. Pero desde otro ángulo la habitualidad se proyecta como morada —habitar— como única morada, y por tanto es existencia y resguardo esencial de existencia. Un estar fuera de lo habitual es un estar sin morada, un yacer en un estado de menesterosidad esencial. El loco es un “sin morada”. Quijada, Quijana o Quesada cuando trascienda lo habitual será “un sin morada” o mejor, los caminos que permanentemente

lo llevarán a lo diverso nimbando su existencia conformarán su única morada.

En el ámbito de ciertas religiones el no tiempo adopta dos direcciones; una, el no tiempo paradisiaco donde casi todo está dado, menos el acceso a ciertos enigmas —frutos del árbol del bien y del mal— y la felicidad se desenvuelve en una particular habitualidad, hasta que el tedio, el anonadamiento “de un siempre lo mismo” desata los demonios de la tentación, —“y seréis como dioses”— aquellos que impulsan al acceso del enigma, a trascender. Y la otra dirección del no tiempo, el caos primitivo, lo amorfo, el no orden. La habitualidad del Quijote se vincula con plasticidad a aquellas dos vertientes. Pero así como en la desventura la fortuna deja siempre abierta una puerta, el ocio, el extraño e impredecible ocio que siempre conduce a inesperados ámbitos, llevará a Quijada o Quesada a lo diverso, y el preámbulo de lo diverso serán los libros de caballería y comenzará a surgir el resplandor de historias maravillosas, de mundos que se despliegan en la locura, más allá de lo habitual, en los parajes donde el ave real abrirá por otra eternidad su cola tornasolada en un horizonte de otras músicas (1). Será la entrada al tiempo y el abandono del no tiempo. La habitualidad será sólo una sombra, pero una sombra viva siempre al acecho y desplegando múltiples tretas y sutiles y complejas artimañas para lograr que don Quijote vuelva al redil y a ser Quijada, Quijana o Quesada, un ser del no tiempo, un hidalgo de la habitualidad.

Una oculta predisposición para el abandono o ruptura del no tiempo envuelve la existencia de Quijada, Quijana o Quesada; la opacidad de una dormida hidalgúa que después florecerá, la edad —un hombre que frisa los cincuenta y que se aproxima en plenitud al crepúsculo, no por nada el Fausto ruptura el mundo de lo habitual a esa edad—, su “complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador” —estructura del hombre místico, que denota aptitud para trascender—, y “gran amigo de la caza”, actividad que en alguna medida muestra algunos rastros del esplendor de lo diverso, pero además es un hombre no atado a las raíces profundas de que se vale la habitualidad

1. Para Juan Escoto Erígena la verdad tiene significaciones tan innumerables como la cola del pavo real.

para mantener su regularidad, es un hombre sin familia, sin hijos, sin mujer, sólo “un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo” conformaban su débil entorno vital. Pero además la “tanta afición y gusto”, “curiosidad y desatino” por lo diverso que le hace olvidar “casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aún la administración de su hacienda”, muestran esa particular sensibilidad de Quijana o Quesada que facilitará el abandono del no tiempo. El hidalgo de lo habitual posee por tanto escondido “un inaudito ánimo” que se desatará en el tiempo; “Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y ánimo será imposible”. —Capítulo XVII. Segunda Parte—. La morada del no tiempo de Quesada o Quijada había logrado generar habituación, pero no la familiaridad que ata —había ausencia de lares y petates— y ello facilitará la huida al tiempo (2).

Y limpiará y aderezará las armas dormidas, “tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos...olvidadas y puestas en un rincón” e inserto en el ámbito fundacional, en los orígenes del tiempo, como un dios en la etapa de la creación comenzará a dar ser y nombre a las cosas y él que en el no tiempo tiene nombre incierto o sombras de nombre —Quijada o Quijana o Quesada— se da el de don Quijote de la Mancha “para declarar muy al vivo su linaje y patria” y, respecto a su rocín “estando muy puesto en razón que mudando su señor estado, mudase el también el nombre, y le cobrase famoso y estruendo” como bien conviene al que deja el no tiempo y las emprende por los caminos de lo diverso, lo llamará Rocinante y como era menester “poseer una dama de quien enamorarse” —caballero andante sin amores... “árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma” o de otro modo, la salida del no tiempo y la entrada a la no habitualidad así lo hacía menester, porque este será el horizonte amable, el permanente ensueño que conformará

2. La habitualidad es morada, protección, también es habituación, un permanente hacer usual, un estar constantemente habituado, un estar conocido, por hábito. El hábito sostiene y le da su dinámica a la habitualidad y la habitualidad sostiene y le confiere su sentido al estar habituado. El estar de Quesada en lo habitual es una estancia sin intensidad lárca, sin estar poseído ni en posesión de lo suyo, la vinculación es sólo tenencia, por tanto para Quesada la habitualidad es tenue morada, morada de sombra.

la musicalidad del nuevo estado, de la entrada al tiempo. Y esas hojas, ese fruto, esa alma surgirá de manera leve y silenciosa desde la sombra de un ensueño del no tiempo —una moza de quien él anduvo un tiempo enamorado y según se entiende ella jamás lo supo ni se dió cata de ello—. Aldonza Lorenzo es arrancada del no tiempo y traída a la no habitualidad con un nombre “músico, peregrino y significativo, como a todos los demás que a él y a sus cosas había puesto”, para que esos seres y cosas jamás fueran despojadas del encanto de lo diverso ni devueltas al no tiempo. Dulcinea para el no tiempo será una invención, menos que la sombra de una sombra, menos que el vestigio de una vieja nostalgia, pero cuando su musicalidad vaya envolviendo los caminos del Quijote nimbando su quehacer y sus esperanzas, se le revestirá por la habitualidad de formas grotescas y monstruosas y con burdos trazos se le hará aparecer, filiada a Maritornes, como una ruda labradora, regordeta, carirredonda, de pocos palmos de estatura, despidiendo su villanía a través del aliento y “que tuvo la mejor mano para salar puercos”. Aunque también en un momento dado don Quijote confesará que sólo está “enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y de discreta”. —Capítulo IX, Segunda Parte—. Aldonza Lorenzo y Dulcinea en todo caso conformarán un enigma contra el cual siempre se estará estrellando el no tiempo, como siempre acaece con todo enigma.

Pero un mundo legendario, arcaico y mágico se develará en los libros de caballería y de manera preambular situará a Quijada en el permanente asombro que provoca lo diverso. Ese mundo conformará una incitación, una provocación y un tránsito, pero por sobre todo hará luz sobre la plana e incolora estrechez del no tiempo dejando al descubierto que más allá de lo habitual —de la caza, de la administración del magro patrimonio y del estrecho círculo vital de Quesada— hay horizontes abiertos, plenos de sentido, entretejidos por caminos sin término, que transformarán radicalmente la existencia del hidalgo.

Como las imperceptibles redes de la habitualidad todo lo cubren y sus erinnias todo lo resguardan, don Quijote emprende su entrada al tiempo subrepticamente, con máxima cautela y prudencia, “sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese”, “por la puerta falsa de un corral”, es decir, utilizando las mismas tretas invisibles y silenciosas de lo habitual. Y a los días grises y monocordes suce-

derán días tornasolados y vívidos, a las noches ciegas y despobladas del no tiempo, sucederán noches murmurantes de enigmas; “Estaba el pueblo en sosegado silencio...No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo al enamorado caballero a mal agüero...” —Capítulo IX, Segunda Parte.

La liberación del no tiempo y la entrada al tiempo en don Quijote conforma un acto de primigenia trascendencia y esos actos que poseen intrínseca religiosidad requieren de ritos y liturgias que operen la nueva condición y den fe a la vez, de la mutación radical de existencia, del renacer, del despertar, del liberarse y habiliten también para obrar en esa calidad. Por ello don Quijote se hará armar caballero y será caballero no de castillo, no de morada, sino andante y su morada serán los caminos. Un hombre que quizás nunca reía en el no tiempo, ahora “el gozo le reventaba por las cinchas del caballo”.

Y así las emprende por los nuevos parajes de existencia con el alado nuevo estado de permanente diversión —de estar constantemente en lo diverso sin el peso y gravamen de lo habitual—.

El tiempo del Quijote es barroco, no direccional, sin sentido de historia, vale decir, al margen de la dinámica de la lógica de los orígenes-desarrollo-conclusión, como la entiende San Agustín en el despliegue del plan providencial, más tarde la sensibilidad racionalista del progreso y luego más acentuadamente la sensibilidad romántica que cultivará el pathos trágico del tiempo. Los sucesos del Quijote son trozos extra-ordinarios de existencia, explosiones áureas que como altares barrocos desatan lo distinto, manchones oleaginosos y tornasolados que se van sucediendo maravillosamente en el horizonte de lo imprevisto, vinculados por el personaje y su escudero y por caminos entretejidos que se transitan sin dirección, caminar que no implica un ir a algo que no sea sino a lo diverso. No hay objetivos específicos que motiven el andar, salvo el de socorrer desamparados y enmendar entuertos⁽³⁾. “No

3. No nos referiremos aquí a la misión del Quijote de bregar por hacer reales principios y valores que la habitualidad exhibe y muestra y que casi siempre surgen como “canonizadas locuras”.

todos los tiempos son unos ni corren de la misma suerte”, porque el tiempo de lo no habitual fluye de la ventura, signado por “lo que saliere”, “que así debe ser mi historia, dice el Quijote, que tendrá necesidad de comento para entenderla”. —Capítulos LVIII y III, Segunda Parte—. Pero observemos también que esas explosiones áureas de vida surgen siempre enmarcadas en un escenario —observemos que aquí el escenario es delimitante y de lo habitual en tanto fuera de él acecha el no tiempo— y conforman un espectáculo con dinámica centrípeta, es decir, capturante, donde los que están fuera son arrastrados al interior de esa explosión y de esta proyección surge la teatralidad del Quijote, que nos ata, nos sustrae de lo habitual y nos hace vivir, oler, ver, de manera tan intensa con el olfato, los ojos y la piel de lo distinto, a la mejor manera del teatro barroco, esto es, dejando el espectador de estar afuera y por tanto haciéndose vívido partícipe del delirio. El Quijote al capturarnos nos arrastra al tiempo, a lo no habitual y en gran medida sufrimos también una transformación, una transitoria iniciación, un fugaz despertar. Y eso es lo que proyecta el teatro barroco —espectacularidad—, desatar la dinámica del espejo⁽⁴⁾ que con pasmosa fidelidad captura lo real, pero lo despoja de lo habitual, develando el encanto de lo diverso que lo habitual se ha encargado de encubrir. Y sobre ese enigma después que Sancho reflexiona sobre la equivocidad de lo real —“nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes fueron de oro puro, sino de oropel u hoja de lata”—, el Quijote advierte cómo la comedia trabaja con “atavíos fingidos y aparentes”, “como es la misma comedia” y cómo nos pone “un espejo a cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que tenemos de ser, como la comedia y los comediantes”, para añadir que la comedia captura lo diverso de la vida hasta que la comedia concluye y los recitantes se despojan de sus vestidos y quedan todos iguales, “como cuando se acaba la vida, (y) a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban y quedan iguales en sepultura”. Y Sancho continuando con el

4. “Hamlet y los Espejos”, de Mario Rossel, en libro “Arte y Política del Barroco”, autores varios, Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso, año 2000.

mágico y gracioso despliegue de la musicalidad fugada, con resplandor exclamará: “¡Brava comparación!...como en el juego de ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar en la vida sepultura”. Se deja entrever que de la funcionalidad del ajedrez surgen posibilidades asombrosas e infinitas, que provocan, como en el teatro, una tornasolada musicalidad, que siempre asombra y encanta, cuando con ingenio se juega. —Capítulo XII, Segunda Parte—. Y sobre el encantamiento del teatro, antes cuando toparan con la carreta de las Cortes de la Muerte, el Quijote con nostalgia había expresado; “y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula”, pero no sin antes insistir sobre la equivocidad de lo real; “es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño”. —Capítulo XI, Segunda Parte—. Todo el deambular del Quijote está signado por el enigma del teatro, tanto en la estructura de los sucesos tanto en el permanente trocamiento de lo real, como que en rudo boceto Sancho dirá “que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador”. —Capítulo XVI, Primera Parte—. En ese orden cómo olvidar la gesta de don Gaiferos y Melisendra —Capítulo XXVI, Segunda Parte— o la noche de Maritornes —Capítulo XVI, Primera Parte— cuando en las penumbras pululantes de misterios se desatan con raro esplendor los demonios de Eros y las erinias de lo habitual.

El no tiempo de Quijana, Quijada o Quesada, que envuelve como manto silencioso y opaco a la habitualidad, se muestra circular, sostenido en el ritornelo de “un siempre lo mismo”, con horizontes estrechos y cerrados proyectando una existencia plana y acromática. Pareciera que más allá del no tiempo no hubiera nada o sólo espacios yermos y sin sentido, sin que posibilidad alguna de trascenderlo pudiera germinar en esos anonadados parajes, por ello a su vez el no tiempo se muestra como un “cosmos” donde lo que puede ocurrir siempre será dentro, con su dinámica, sus posibilidades, sus magros encantamientos, sus tenues, controladas y reguladas diversiones —la caza, el vellarí y el palomino—. El no tiempo, por tanto, no provoca ni voca a trascender. El no tiempo se despliega en un “cosmos” sin preguntas, no hay enigmas y se proyecta no sólo como lo único real, sino como lo real acabado, concluso,

donde todo lo posible también está previsto, regulado y controlado. La caza, como pudiera ser cualquiera otra expresión de lo diverso en el mundo de Quijada, a más de revestir el carácter de menguado y controlado ir a lo diverso —regulada y prudente diversión— es una entretención, es decir, una actividad entre dos teneres, entre-haberes, entre-seres o en otros términos al margen del ser, no perteneciente al ser —un estar, despojado, sin dominio y posesión—. Como “cosmos” el mundo del no tiempo se sostiene asimismo. Fuera, más allá de sus imperceptibles y silenciosas murallas nada o el despeñarse a la locura. Quijada, Quijana o Quesada está capturado en el no tiempo, su existencia anonadada está sometida a su regularidad.

En el no tiempo no ocurren cosas extraordinarias, al margen de lo habitual. Lo extraordinario si se suscita se oculta, se niega o se le despoja de lo no habitual —“los cuerdos canonizan sus locuras”, la habitualidad la somete a cánones—. Sólo lo habitual tendrá el dominio de lo real.

El tiempo —tiempo de lo no habitual, tiempo del Quijote— es abierto, reverbera de misterios, de horizontes vastos donde siempre acecha lo distinto provocando un estar permanente en el asombro —princesas encantadas, gigantes que encubren bajo la forma de molinos su realidad o que tras el fragor de la batalla y de la derrota se mutan en carneros o en odres de vino, dulcineas de pronto transformadas en rudas y malolientes labradoras, carros que surgen de improviso transportando un “cosmos” (ángeles, demonios, emperadores), caballos alados —Clavileño— que elevándose a los cielos permitan indagar los enigmas, cuevas donde yacen suspendidos en misteriosa espera por siglos míticos personajes, titiriteros que transforman lo real ido y de sus tenues vestigios, recrean y hacen actual un tiempo que parecía irremediamente muerto, por lo menos para lo habitual o que permiten hurgar y recrear lo real sustrayéndolo de la fugacidad del instante, Insulas donde surge la plenitud de lo justo develando en ese punto los remedos del “cosmos” de lo habitual. En el tiempo del Quijote todas las cosas parecen estar llenas de dioses y demonios, los que pueden portar la ventura o el dolor. Es un tiempo tensado, un tiempo de permanente asombro donde todo parece posible. El tiempo del Quijote es tiempo de un mundo tembloroso, inacabado e inestable que siempre voca y provoca e incita

al mágico delirio aún cuando el pavor aceche en los recodos de los caminos (5).

El tiempo del Quijote se sostiene por tanto en el no tiempo, —aún cuando en la inmediatez parece sostenerse por sí mismo— su sentido emerge desde allí al igual que el sentido del no tiempo que se sostiene en el del tiempo, al menos desde que Quijada, Quesada o Quijana ruptura lo habitual.

Quijada, Quijana o Quesada está radicado en lo habitual, es un asido, es un cogido de raíz, su sedentariedad por tanto es radical, originaria, fundamental. Desde su recreación en don Quijote, su condición también se mutará radicalmente, dejará de tener morada —en el no tiempo— y será un peregrino en un permanente ir, en un pavoroso ir sin término —desde la habitualidad, un ir a nada, un ir sin sentido, un ir extraviado, un ir de un extraño por tierras siempre extrañas—. No habrán templos ni dioses esperando al peregrino, porque los caminos del Quijote son caminos sin fin, caminos de locura. Por ello para el no tiempo, la entrada al tiempo es una entrada al laberinto, es la caída al estado de estar permanentemente extra-viado y quién permanentemente transita fuera de su consustancial suelo, fuera de lo suyo —lo habitual—, concluye por ir desposeyéndose también de sí. —Peregrino de peregrinos, el que viene de o va a tierras extrañas—. El hidalgo dirá a Sancho; “Junto salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos”. —Capítulo II, Segunda Parte—. Por ello la locura para el no tiempo de Quijada, Quijana o Quesada, es también un estar fuera de sí, es haberse perdido a uno mismo, aún cuando fuera menos que ello, es decir, sólo el abandono de una estancia, de un usual estar “en lo mismo” sin lárca intensidad.

Para el no tiempo don Quijote, “el hombre sin morada”, será un desvaído, esto es, un Quijada, Quijana o Quesada desvanecido, evaporado, un disipado, un ser a punto de desaparecer. El Quijote será una sombra de Quijana, Quijada o Quesada, un penoso bosquejo, una figura triste y así lo llamará la habitualidad a través del vocar de Sancho, un Caballero de la Triste Figura, pero para el tiempo será el Caballero de los Leones, el capaz de enfrentar con plenitud todas las posibilida-

5. Rasgos distintivos de la sensibilidad barroca.

des que le ofrece su peregrina condición, aún más de provocarlas, azuzarlas. “Pero el andante caballero busque los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa en cada paso lo imposible...” —Capítulo XVII, Segunda Parte.

La idea de infinito se proyecta de distinto modo en el no tiempo de Quijana, Quijada o Quesada y en el tiempo del Quijote. En tanto en la habitualidad se excluye lo extra-ordinario, lo di-verso, o se le mengua y somete, y se sustenta en lo normal, en las vías —de lo habitual—, que se expresan en lo previsible, en la regulación de todo lo posible, en una permanente y cuidadosa mantención de los dominios del “estar siempre en lo mismo”, a buen resguardo de lo incierto, en morada conocida, la idea de infinito se nos muestra gráficamente de manera circular. El “por siempre y del mismo modo”, es un “por siempre” en lo habitual y es por tanto eternidad, no tiempo. El tiempo del Quijote excluye direccionalidad, es un tiempo que surge de núcleos vitales, de fragmentos de existencia que resplandecen no necesariamente vinculados a una estructurada totalidad, como lo es la existencia en el no tiempo. Insita está también la idea de eternidad en cuanto no esperada ni necesaria conclusión. En este orden la idea de infinito se nos muestra con la dinámica de la música barroca —contrapunto y fuga— donde el desarrollo puede concluir en cualquier parte o en ninguna, prolongándose por siempre, sin que conlleve impronta alguna de finitud —obsérvese el contraste con el pathos de fin que envuelve a toda la música romántica como también la trascendencia de los orígenes, orígenes ya envueltos en la idea de una irremediable conclusión. En gran medida ni el tiempo del Quijote ni el no tiempo de Quesada, Quijana o Quijada están envueltos en la idea de historia al modo agustiniano— para Agustín el origen del tiempo está preñado por la idea de culpa la que irremediablemente envuelve todo el despliegue de la historia y conduce necesariamente al Gran Juicio, al comienzo del no tiempo, o mejor, a la recuperación del no tiempo—.

Pero la habitualidad posee sus erinnias (6) que incansables, silenciosas y cuando es menester despiadadamente, resguardan el no tiem-

6. Seres de la mitología griega (furias en la romana) que persiguen la restauración de un orden esencial violado. Persiguen y acosan sin cesar al culpable.

po, restauran sus fueros y su orden y persiguen a los que han roto sus invisibles murallas y las han emprendido por los caminos de lo diverso, de la locura. Las erinnias del no tiempo de manera sorda y sostenida estarán siempre bregando por el retorno del Quijote a la cordura, porque se des-inicie y vuelva a ser Quesada, Quijana o Quijada, un hombre de la habitualidad, que cuide de su patrimonio, que despliegue una vida prudente, que vaya de caza, que discretamente vista vellorí entre semanas y que algún palomino de manera amable de cuando en cuando traiga algo de luz a su menguado mundo gustativo.

Quijana, Quijada o Quesada al despojarse de lo habitual y al recrearse como don Quijote, ha abierto una peligrosa brecha en el no tiempo desencadenando por tanto el alerta y el quehacer de las erinnias, las que a través de una infinidad de recursos, sutiles tretas y adoptando diversas formas perseguirán el retorno del Quijote a la normalidad. La sobrina, el cura, el barbero, el bachiller Sansón Carrasco, el mismo Sancho operarán como erinnias. También el cura del Duque y su discurso magno en favor de la habitualidad, quizás el más directo, despiadado y desesperado; “Y a vos alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? ... volveos a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En donde inora tal! Habéis vos hallado que hubo y hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades que de vos se cuentan?”. La risa y lo que la provoca, en tanto desata el resplandor de lo diverso, tiene un carácter sospechoso en el no tiempo, pero también en el estruendo de lo ridículo muestra el absurdo contrastado que surge del deambular fuera de lo habitual y ello desde el plano horizonte de la medianía del no tiempo. La risa tiene entonces un carácter multivalente. —Capítulo XXXI, Segunda Parte—. Recursos de lo habitual; el grueso e ineficaz escrutinio y quema de libros, los no menos abultados recursos de fuerza, —que recuerdan la institucionalización de la tortura en el mundo del barroco— de malherir con frecuente crueldad —a veces al filo del martirio— al Quijote. Recursos sutiles como la captura o retención encubierta del Quijote y Sancho en el castillo del Duque y todos los múltiples trocamientos de lo real.

Pero las erinnias de la habitualidad al ir siempre en pos de don Quijote son obligadas a emprenderlas “por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas” —Capítulo LXI, Segunda Parte—, es decir, comienzan a operar fuera de la habitualidad, en el mundo del tiempo, de lo diverso, de la “locura” y ello necesariamente las comprometerá fuera de lo suyo —las erinnias también serán envueltas en el delirio— y traerá consigo una compleja dinámica y fugado contrapunto entre el tiempo del Quijote y el no tiempo de lo habitual. En esta dinámica, tiempo y no tiempo se nos mostrarán originariamente discernibles, distintos, aislables, pero también se cruzarán, se perseguirán, se amalgamarán, se intercambiarán ropajes y lúdicamente mostrarán una compleja dinámica que quizás sólo se haga inteligible recurriendo al auxilio de la música barroca —contrapunto y fuga— y también a la dinámica del clasicismo en la expresión “forma de sonata” (?). En la musicalidad del Quijote en varios momentos la habitualidad parecerá capturada y encantada por el tiempo del Quijote o el tiempo del Quijote de manera alada y tenue parecerá sucumbir a las seducciones del no tiempo de Quijada, Quijana o Quesada, vistiéndose ese no tiempo para ello de tornasolados ropajes y vocando y tañendo “músicas acordadas” del mundo de lo diverso. Esa lúdica dinámica entre tiempo y no tiempo se torna más compleja y enigmática en tanto el Quijote surge como una recreación de Quijana, Quijada o Quesada y, por consiguiente, siempre de uno u otro modo reverberará en aquel su estancia en el no tiempo, pero sin mayores añoranzas⁽⁸⁾. El Quijote no es creado, es Quijada, Quijana

7. La “forma de sonata” es bitemática —normalmente primero un tema rudo y breve y luego un tema femenino y lírico—. Ambos temas se exponen y en el desarrollo se enhebran, se acoplan, se oponen en una suerte de radical lucha, se cortan, se trasponen, se invierten, se trenzan, reapareciendo luego en su específica individualidad —reexposición—. La “forma de sonata” surge en el clasicismo y la desarrollará Beethoven y algunos románticos. El primer movimiento de las Sinfonías Quinta y Novena de Beethoven expresan en toda su plena complejidad y belleza la “forma de sonata”. No sólo en la dinámica Quesada-Quijote, habitualidad y no habitualidad, sino también Sancho-Quijote, observamos esa suerte de musicalidad —fugado contrapunto y “forma de sonata” —.

8. El camino plagado de aventuras —desventuras y venturas— de Odiseo desde el inicio conlleva la idea de fin, y aún en los brazos de la divina Calipso aquél añorará a Itaca que es intensamente lárca.

o Quesada recreado en el Quijote. Si la recreación también es un desasirse, el cautiverio no sólo es no olvidable sino también es sombra de algo que la luz envuelve y aunque sombra pertenece a aquel. La habitualidad surgirá muchas veces envuelta de discreción y prudencia en el vocar del Quijote —en el episodio de los Leones concluye —con Aristóteles— que la valentía es una virtud “entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad” — y también en el vocar de Sancho —“Cada día, Sancho, dirá el Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto” —. Capítulo XII, Segunda Parte—. Y Sancho, en un comienzo como erinnia de la habitualidad sólo irá en pos de una Insula, y querrá el calor de la posada por sobre el polvo de los inciertos caminos y en cada encrucijada querrá retornar al mundo de lo habitual, mas terminará por ser cautivado por el tiempo del Quijote, nimbado por el polvo de los caminos de lo no habitual, pero operando también en él la misma, compleja y enigmática dinámica que ya hemos observado. Sancho será más vulnerable en todo caso a las tentaciones del no tiempo. El Quijote lo atribuirá a que no fue armado caballero, no fue recreado.

Y en esa fugada musicalidad don Quijote parecerá “un cuerdo loco” o “un loco que tiraba a cuerdo” —Capítulo XVII, Segunda Parte—, porque “los cuerdos canonizan su locura” y los locos a veces también su discreción. En otros términos, nunca, resultarán del todo claramente discernibles los contornos del tiempo del Quijote y del no tiempo de Quijada, Quijana o Quesada. Esa lúdica amalgama entre ser y no ser, tiempo y no tiempo, luz y sombra, sueño, muerte y realidad, júbilo y desesperación, ventura y desventura, vida y no vida, conformará uno de los rasgos vitales de la sensibilidad barroca.

Pero el tiempo del Quijote también se va gastando, —“en los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño” — los caminos comienzan a cerrarse y la habitualidad comienza recuperar sus viejos fueros. Entonces surge la posibilidad de un nuevo renacer. El Quijote y Sancho quieren mutarse en pastores y ello emerge como la última posibilidad de llevar una existencia ahora pacífica, pero donde persistiera el encanto de lo diverso. Como en toda recreación también cambiarían de nombre y vestidura —“...yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes y por los prados, cantando aquí, endechando allí,

bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos” —. Capítulo LXVII, Segunda Parte.

Pero antes sabemos que llegó la muerte y en el preámbulo la habitualidad vestida de cordura, trayéndole con velada indulgencia, nombre al hidalgo, Alonso Quijano el Bueno, y el Bueno como corresponde al que ha retornado al redil. ¿Entre las lágrimas de Sancho y la complacencia de la sobrina, del ama y el cura entrega don Quijote su alma a lo habitual? Quizás la misma habitualidad ya ha sucumbido al encanto de aquella existencia bella cuyos ensueños de seguro aún reverberan en los infinitos caminos que recorriera.